



Marilynne Robinson

Jack

Traducción del inglés de Vicente Campos



MARILYNNE ROBINSON

Jack

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Jack*
Traducción del inglés: Vicente Campos González

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2021

© Marilynne Robinson, 2021
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Vicente Campos, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 154-2021
ISBN: 978-84-18526-21-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Ellen Levine,
mi amiga y agente durante cuarenta años*

Caminaba casi a su lado, dos pasos por detrás. Ella no volvía la mirada. Dijo:

–No voy a hablar con usted.

–Lo entiendo perfectamente.

–Si lo entendiera perfectamente no andaría siguiéndome.

–Cuando un hombre lleva a una chica a cenar fuera, tiene que acompañarla de vuelta casa.

–No, no tiene por qué. No si ella le dice que se vaya y la deje tranquila.

–No puedo evitarlo, así me educaron –dijo él. Pero cruzó la calle y caminó a su lado a lo largo de la otra acera. Cuando estaban a una manzana de donde ella vivía, él volvió a cruzar. Dijo:

–Quiero disculparme.

–No quiero oírlo. Y no se moleste en intentar explicarlo.

–Gracias. Me refiero a que prefiero no tener que explicarlo. Si le parece bien.

–Nada me parece bien. Lo que está bien no cabe en esta conversación –pese a todo, lo dijo en voz baja.

–Lo entiendo, claro. Pero no puedo resignarme.

–Nunca me he sentido tan avergonzada. En toda mi vida –dijo ella.

–Bueno, tampoco es que me conozca desde hace mucho –dijo él.

Ella se detuvo.

–Y ahora me viene con un chiste. Qué gracioso.

—Tengo un problema. Me hacen reír las cosas que no deberían. Me parece que ya le he hablado de eso.

—Y además, ¿de dónde sale ahora? Yo iba caminando, y ahí aparece, detrás de mí.

—Sí. Siento haberla asustado.

—No, no me ha asustado. Sabía que era usted. Ningún ladrón habría sido tan sigiloso. Debe de haber estado esperando, escondido detrás de un árbol. Qué ridículo.

—Bueno —dijo él—, en cualquier caso, la he traído sana y salva hasta su puerta. —Se sacó la cartera y extrajo un billete de cinco dólares.

—Pero bueno, ¿esto qué es! ¿Me da dinero aquí, en el umbral de mi puerta? ¿Qué cree que va a pensar la gente? ¡Va a arruinarme la vida!

Guardó el dinero y la cartera.

—Muy desconsiderado por mi parte. Sólo quería que supiera que no me estaba escaqueando con la cuenta. Sé que eso es lo que piensa. Mire, ¿ve? Sí tenía el dinero. Quería que lo supiera.

Ella negó con la cabeza.

—Y yo rebuscando en el fondo de mi bolso, a ver si reunía la bastante calderilla para pagar esas chuletas que no nos comimos. Acabé debiéndole veinte centavos al hombre.

—Bueno, le daré el dinero. Con discreción. Dentro de un libro, o algo por el estilo. Tengo unos libros suyos —dijo él—. A mí me pareció una noche muy agradable, hasta la última parte. Una mala hora sobre un total de tres. Un pequeño préstamo personal, que pronto será saldado. Tal vez mañana.

—Me parece que espera que le siga aguantando —dijo ella.

—La verdad es que no. En general, la gente no me aguanta. No la culparé. Sé lo que es —dijo él—. Habla en voz baja incluso cuando se enfada. Eso es raro.

—Supongo que no me criaron para discutir en la calle.

–En realidad me refería a otro tipo de voz baja –dijo él–. Tengo unos minutos. Si quiere lo hablamos en privado.

–¿Se está invitando a pasar? Vaya, si no hay nada de lo que hablar. Usted se va a casa, o dondequiera que vaya. Yo he acabado con esto, sea lo que sea. Usted no da más que problemas.

Él asintió con un gesto.

–Nunca lo he negado. O muy raramente, en cualquier caso.

–Eso se lo aseguro.

Se quedaron allí parados un minuto entero.

Él dijo:

–Estaba deseando que llegara esta noche. No quiero que acabe.

–Furiosa como me tiene.

Él asintió.

–Por eso no puedo irme. No volveré a verla. Pero ahora está aquí...

Ella dijo:

–Ni me habría imaginado que me avergonzara de ese modo. Todavía no puedo crérmelo.

–En realidad, parecía lo mejor, en aquel momento.

–Le tenía por un caballero. Más o menos, en cualquier caso.

–Casi siempre lo soy. En la mayoría de circunstancias. Un caballero de pies a cabeza, gran parte del tiempo.

–Bueno, ésta es mi puerta. Ahora ya se puede ir.

–Es verdad. Me iré. Sólo que me está costando un poco. Deme un par de minutos. Cuando entre, seguramente me marcharé.

–Si se presentan algunos blancos, se irá muy pronto.

Retrocedió un paso.

–¿Cómo? ¿Cree que fue eso lo que pasó?

–Los vi, Jack. A esos hombres. No soy ciega. Ni tampoco tonta.

–No sé ni siquiera por qué habla conmigo –dijo él.

–Eso es lo que me gustaría saber a mí también.

–Ellos sólo querían cobrar unas deudas. Y pueden ponerse bastante agresivos. No puedo arriesgarme, ya lo sabe, a tener un altercado. El último casi me costó treinta días. Así que eso me habría avergonzado, puede que más si cabe.

–Es de lo que no hay.

–Es posible –dijo él–, pero no, no lo soy, aunque me alegro de que lo haya dicho. Podría haberla dejado aquí pensando... que no quería que usted...

–La verdad no es mucho mejor, ya lo sabe. Es más...

–Sí que lo es. Claro que sí.

–Así que se supone que ahora debo perdonarle porque lo que hizo no es en realidad lo peor que podría haber hecho.

–Bueno, podría decirse así, ¿no? Quiero decir que me siento mucho mejor ahora que lo hemos aclarado. Si me hubiera ido hace diez minutos, piense en lo distinto que habría sido. Y luego no habría vuelto a verla.

–¿Y quién dice que vaya a verme ahora?

Él asintió.

–No puedo evitar pensar que mis posibilidades han mejorado.

–Tal vez, si me decido a creerle. Tal vez no.

–Debe creerme, de verdad –dijo él–. ¿Qué daño haría? Siempre puede colgarme el teléfono si llamo. Devolver mis cartas. Nada cambiaría. Salvo que no tendría por qué tener esos pensamientos tan desagradables sobre lo mal que ha pasado unas pocas horas a lo largo de un par de semanas. Esa noche estupenda que queríamos pasar. Hasta ahí podría perdonarme.

–Perdonarme a mí misma –dijo ella–. Por ser tan tonta.

–También podría verlo de ese modo.

Ella se dio la vuelta y le miró.

–No se burle de esto, de nada de esto, nunca –dijo ella–. Me parece que eso es lo que quiere. Y si está intentando congraciarse conmigo, no le está saliendo bien.

–No me sale, no. Bien que lo sé. Es algo espontáneo, algo químico. El contacto entre Jack Boughton y... el aire. Como el fósforo, ya sabe. Sin llamas reales, claro. Más bien como un fuego fatuo. Un calor rosáceo de vergüenza alrededor de cualquier cosa ordinaria. No hay forma de ocultarlo. Supongo que la entropía tendrá un halo...

–Cállese –dijo ella.

–Son los nervios.

–Eso ya lo sé.

–No me haga caso.

–Me parte el corazón.

Él se rió.

–Sólo hablo para que se quede aquí, escuchando. Desde luego no pretendo romperle el corazón.

–No, lo que hace ahora es contarme la verdad. Es una pena. Nunca he conocido a un blanco que sacara tan poco provecho de ser blanco.

–A veces sirve de algo, incluso para mí. Se supone que debo saber cuántas burbujas hay en una pastilla de jabón. Tengo el honor de haber ayudado a convertir en dignatarios cívicos a algunos tipos bastante impresentables. He...

–No –dijo ella–. No, no. El lunes tengo que hablar sobre la Declaración de Independencia. Y eso no tiene nada de gracioso.

–Es verdad. Absolutamente nada –dijo él–. Y ahora voy a decirle algo de verdad, señorita Della. Así que escuche. No es algo que pase todos los días. –Entonces añadió–: Es ridículo que la hija de un predicador, profesora de instituto, una mujer con un futuro espléndido por delante, salga con un inveterado y confirmado vagabundo. Así que no la molestaré más. No volverá a verme. –Se apartó un paso.

Ella le miró.

–¡Se está despidiendo! ¿A qué viene eso? Antes me despedí yo y me ha retenido aquí escuchando sus tonterías desde hace tanto rato que casi me había olvidado de lo que yo misma había dicho.

–Lo siento –dijo él–. La entiendo. Pero intentaba hacer lo que haría un caballero. Si es que un caballero pudiera llegar a verse en una situación como la mía aquí. Yo podría salirle muy caro, y no puedo hacerle ningún bien. Bueno, eso es obvio. Me despido y así entenderá cómo son las cosas. De hecho, le estoy haciendo una promesa, y la cumpliré. Quedará impresionada.

Ella dijo:

–¿Y esos libros que tomó prestados?

–Estarán en los peldaños de su porche mañana. O poco después. Con el dinero que le debo.

–No quiero que me los devuelva. O sí, tal vez sí. Supongo que habrá escrito en ellos.

–Sólo a lápiz. Lo borraré.

–No, no lo haga. Ya lo haré yo.

–Sí. Ya imagino que puede darle alguna satisfacción.

–Bueno –dijo ella–. Yo me he despedido. Usted también.

Ahora váyase.

–Y usted entre.

–En cuanto se haya marchado.

Los dos se rieron.

Al cabo de un minuto, él dijo:

–Usted sólo mire. Puedo hacerlo. –La saludó con el sombrero y se alejó con las manos en los bolsillos. Si se volvió a mirar, lo hizo después de que ella hubiera cerrado la puerta tras de sí.

Una semana más tarde, al volver a casa del instituto, ella encontró su *Hamlet* en el peldaño del porche. Había dos dólares dentro, y también algo escrito a lápiz en la contracubierta.

Si tuviera una bendición, aunque sólo una fuera,

Su gracia sólo brillaría sobre ti, entera.

Si tuviera una única oración, precisa,

*Sería para ti, suave como la brisa.
Si mi corazón conservara una fibra intacta*

exacta compacta abstracta estupefacta

*Oh, ¡me ponen enfermo estos números!
Le debo un dólar. Y un libro.*

¡Adiós!¹

Una situación embarazosa. La última persona en el mundo, sin duda. Increíble. Después de casi un año. Apagó su cigarrillo aplastándolo en la lápida. Con un poco de cautela, tanta que la brasa no se extinguió del todo. Y por qué. El olor a humo debió de ser lo que la hizo detenerse y mirar a su alrededor, buscándolo. Si él intentaba perderse de vista sigilosamente, sólo la habría asustado más, así que no quedaba otra que hablarle. Della. Ahí estaba, en la calle al borde de la farola, mirándolo. Él reconoció en su inmovilidad el tipo de vacilación que significaba que lo que la retenía ahí era la incertidumbre, insegura de si lo reconocía o sólo estaba viendo a alguien muy parecido, y, en todo caso, de si alejarse, reprimiendo el impulso de echarse a correr si, quienquiera que fuese, incluso si era él, le parecía amenazador o extraño. Bueno, seamos honestos: él era un extraño merodeando en un cementerio en la oscuridad de la noche, de eso no cabía la menor duda. Pero también podía haberse detenido ahí esperando reconocerlo, dispuesta a cualquier cosa que se lo confirmara, así que él levantó el sombrero y dijo:

1. «*Had I a blessing, even one, / Its grace would light on you alone. / Had I a single living prayer / It would attend you, mild as air. / Had my heart an unbroken string // ring sing sting cling thing // Oh, I am ill at these numbers! IOU a dollar. And a book. // Long Farewell!*»

–Buenas noches, señorita Miles, si no me equivoco. –Ella se llevó la mano a la cara como para tranquilizarse.

–Sí –dijo ella–. Buenas noches. –Había lágrimas en su voz.

Así que él dijo:

–Soy Jack Boughton.

Ella se rió, con lágrimas en su risa.

–Sí, claro. Quiero decir que me pareció reconocerle. Está tan oscuro que no estaba segura. Si mira a la oscuridad todo se vuelve todavía más oscuro. Resulta más difícil ver nada. No me di cuenta de que habían cerrado las puertas. Ni se me ocurrió pensarlo.

–Sí. Lo oscuro que sea depende de donde estés. La oscuridad es relativa. Yo me he acostumbrado. Así que supongo que eso hace que la luz también sea relativa, ¿no? –Incómodo. Pretendía sonar inteligente dado que esa mañana no se había afeitado y además llevaba la corbata envuelta en el bolsillo.

Ella asintió y miró a la carretera que se extendía por delante, sin saber todavía qué hacer.

¿Cómo la había reconocido él? Él había pasado meses enteros fijándose en mujeres que en nada se parecían a ella, hasta que pensó que había perdido su recuerdo entre las aparentes semejanzas. Un abrigo como el suyo, un sombrero como el suyo. A veces el sonido de una voz le llevaba a creer que la vería si se daba la vuelta. Mala idea. Su risa significaría que estaba con alguien. Y podría no querer evidenciar que lo conocía. Él seguía caminando, un poco más despacio que el resto de la gente, en la creencia de que si ella lo adelantaba le hablaría si quería, o lo ignoraría si así lo prefería. Un par de veces se detuvo a mirar en el reflejo del escaparate de una tienda para dejarla pasar, y no vio más que las habituales desconocidas, esa corriente interminable. Pese a lo cauteloso que era, a veces las mujeres se tomaban como un exceso de familiaridad no buscado el que se fijara en ellas. Un útil recordatorio. Una mirada como ésa dolería,

pensaba, si procedía de ella. Aun así, toda esa espera, si de espera se trataba, le ayudó a permanecer sobrio y le recordaba que se afeitara. Algún día, podría ser ella y si él se quitaba el sombrero, afeitado y sobrio, sería más probable que ella le sonriera.

Pero ahí estaba ella, precisamente en el cementerio, por la noche y dispuesta a alegrarse un poco de verle.

–Sí –dijo él–, me había fijado en eso. Lo de la oscuridad. –Déjame entrar, iguala la situación. Soy el Príncipe de la Oscuridad. No podía decir nada por el estilo. Era un chiste privado. Se acercaría a ella, a la luz de la farola. No. A cualquier policía que pasara por allí le vendría a la cabeza la palabra «prostitución», visto que él era un hombre de mala reputación y ella era negra. Visto que estaban juntos por la noche en el cementerio. Más valía guardar las distancias. Y además sabía que él presentaba un mejor aspecto a cierta distancia, incluso tenía cierto aire de caballero. Llevaba puesta la chaqueta. Con la corbata en el bolsillo. Dijo:

–No debería usted estar aquí. –Un comentario ridículo, dado que allí estaba. Entonces, como a modo de explicación, añadió–: Por aquí anda gente muy rara por la noche. –Cuando él mismo estaba ahí, entre las lápidas, consolándose un poco porque ella no podía verle bien, ni ver la diferencia entre lo que fuera que pensara en el momento de aparente alivio y cómo era en realidad. No, *lo que* era en realidad, lo primero que pensó. Pasar la noche en un cementerio, si el tiempo lo permitía, no era ningún delito, nada que sirviera para definirle. Era ilegal, pero no hacía daño a nadie. En general. A veces, si iba justo de dinero, alquilaba su habitación en la pensión a otro hombre durante unos días.

Dijo:

–La cuidaré, si quiere. Estaré pendiente de usted. Hasta que abran las puertas. –Estaría atento, claro, tanto daba lo que ella dijera. Si no hubiera preguntado, habría parecido que la acechaba. Entonces ella se iría, y él la seguiría, y ella pro-

bablemente se daría cuenta de que él la seguía e intentaría escapar, o se escondería tras las lápidas, o se detendría y le rogaría... o tal vez le ofreciera su monedero. Humillante en todos los casos. Catastrófico si pasaba un policía por allí.

—Ha sido una completa estupidez por mi parte no pensar que cerrarían las puertas. Una estupidez. —Se sentó en un banco junto a la farola, dándole la espalda, lo que a él le pareció un gesto de confianza—. Agradecería la compañía, señor Boughton —dijo en voz baja.

Eso sonó muy agradable.

—Encantado. —Bajó unos pasos por la colina, manteniendo la distancia, poniéndose a la vista si a ella le daba por girarse sólo un poco, y se sentó en el montículo de una sepultura—. No suelo venir por aquí —dijo—, a estas horas.

—Yo sólo he venido a verlo. La gente me decía que es precioso.

—Está bastante bien, supongo. Tratándose de un cementerio.

Intentaría hablar con ella. ¿Qué podía decir? Ella llevaba unas flores en la mano. Ahora estaban a su lado, sobre el banco.

—¿Para quién son las flores?

—Oh, para la señora Clark. Ya se han marchitado.

—La mitad de gente que está aquí es una señora o un señor Clark. La mayoría de la gente de esta ciudad. William Clark, padre de naciones.

—Lo sé. Ésa sería mi excusa para deambular por aquí si alguien me preguntaba. Estaría buscando a la señora Clark correcta. Diría que mi madre trabajaba para ella. Que era una persona muy amable. Que todavía la echamos en falta.

—Muy inteligente. Salvo porque los Clark están muy apiñados. Encuentras a uno y los has encontrado a todos. Puedo enseñarle dónde. Para ocasiones futuras. —Menuda tontería.

—No hace falta. Fue sólo algo que me inventé. —Negó con la cabeza—. Voy a avergonzar a mi familia. Mi padre siempre

decía que es una trampa con cebo. Que ni me acercara. Y aquí estoy.

—Una trampa con cebo.

Ella se encogió de hombros.

—Estar en cualquier sitio donde no deberías estar.

No tendría que haber preguntado. Ella hablaba para sí misma más que para él, y él lo sabía. Casi entre susurros. Los grillos hacían más ruido. Ella le recordaba a todas sus hermanas con ese abrigo fino que hacía que sus espaldas parecieran muy estrechas, y sus hombros, pequeños y cuadrados. Pensó que había visto a su hermana ladear la cabeza de ese modo, a una en concreto; no a todas. No, él estaba en otro sitio por entonces. Pero podía imaginárselas, muy juntas, sin hablar. No hacía ninguna falta hablar. Ni mencionar su nombre.

—Bueno —dijo él—. Supongo que debería alegrarse de que fuera yo a quien se topó por aquí. Un hombre respetable tendría tantos problemas como yo para protegerla. Más problemas, porque no conocería tan bien el lugar. Seguramente se sentiría más a gusto con alguien como él. Pero yo puedo sacarla de aquí, sin que nadie se entere. Sólo se trata de esperar hasta la mañana. Un hombre respetable no andaría por aquí a esta hora de la noche. De eso me doy cuenta. Hablo hipotéticamente, más o menos. Me refiero a que entiendo su problema y me alegro de poder ayudarla. Me alegro mucho. —Eran los nervios.

Creyó que tal vez la había inquietado, al empezar a percatarse de que ella estaba de verdad allí, una realidad no muy distinta a la idea que había imaginado, y que ella podría haber reconocido una huella familiar en su voz, que, dadas las circunstancias, habría sido preocupante.

Ella dijo:

—Le agradezco la compañía, señor Boughton. Sinceramente. —Luego siguió el silencio, roto sólo por el viento entre las hojas.

Así que él dijo:

–Yo seré el problema si es que surge alguno. Si mantiene su historia, no le pasará nada. El guarda no es una mala persona. A usted no le gustaría que él la encontrara aquí con, ya sabe, con un hombre. Quiero decir que eso es lo que parecería. No se lo tome a mal.

–No, claro que no.

–Subiré un tramo colina arriba. Puedo vigilarla desde allí. Todos los habituales de por aquí seguramente habrán perdido el conocimiento a estas alturas, o casi. Pero es sólo por si acaso.

–No –dijo ella–. Prefiero que se siente a mi lado, aquí, en el banco. No puede sentirse muy cómodo ahí. La hierba está húmeda. –Ella tal vez quisiera que estuviera donde pudiera verlo, vigilarlo a *él*.

–Eso no importa.

–Vaya, claro que importa.

–Bueno, pero sólo un rato. No sé qué hora es. A veces un guarda viene por aquí a eso de medianoche.

–Tiene que ser más tarde.

–Puestos a adivinar, yo diría que son alrededor de las diez y media.

–Oh, llevo dando vueltas por aquí desde hace horas. Me da la impresión de que media vida. Fui a una puerta, luego a la otra, y luego a todas las que hay a lo largo de la valla –él no dijo que el tiempo es relativo. Las pocas clases a las que había asistido de hecho habían sido bastante interesantes, pero tenía que recordarse las pocas que fueron.

Ella dijo:

–Este sitio es tan inmenso que una se pregunta a quienes están esperando.

Él se rió.

–A todos, tarde o temprano. Tiene más de ciento veinte hectáreas, según dicen.

–Nadie que yo conozca va a venir aquí. Y, si quisieran, tampoco podrían traerme a mí. Me escaparía del ataúd.

Pareció que ella se había olvidado de pedirle que se sentara a su lado, y él se sintió aliviado.

Ella dijo:

—Además, ¿no es un pecado erigir estos grandes monumentos a uno mismo? Esos ancianos ricos diciendo, en su último aliento: «Un obelisco bastará. Algo sencillo. El Monumento a Washington, pero un poco más pequeño».

—Sin duda.

—Obeliscos alzándose a docenas, hileras de ellos. Es ridículo.

—No puedo estar más de acuerdo. —Pensó que debía de haber leído esa expresión impresa en alguna parte.

—Cuando una piensa en todo lo que podría haberse hecho con ese dinero. Oh, ¡fíjese en mí! Estoy tan cansada que me pongo a discutir con los muertos.

—Sin embargo, es una pena. Tiene toda la razón —luego dijo—: Mi tumba está en Iowa. Usted le daría el visto bueno. Es la mitad de ancha que un catre. Tendrá una almohada de piedra con mi nombre grabado. A los de Iowa no les va mucho la ostentación —y añadió—: Tal vez una tumba no es verdaderamente tuya hasta que estás dentro. Uno nunca puede estar seguro del todo de dónde acabará. Pero yo planeo asegurarme. Llevo la dirección en mi bolsillo. En realidad, es lo menos que puedo hacer. Me están esperando. —No tendría que haber tirado aquel cigarrillo.

Ella miró hacia él. Entonces se puso en pie. Recogió las flores en un apresurado ramo, marchitas como estaban.

—Agradezco su amabilidad, señor Boughton. Ahora que he descansado un poco me siento mejor.

Así es como acaba, pensó él. Cinco minutos de una conversación que nunca había esperado. Tras años de días que fueron sufridos y olvidados, nada más memorable que una piedra cualquiera en el zapato, ahí, en un cementerio, en plena noche, le cogió desprevenido el giro real de los hechos, algo que importaba, un encuentro que vaciaría de placer sus mejores pensamientos. Aquellos sueños suyos

que habían sido una sustancia agradable durante largos periodos de tiempo, sueños privilegiados porque eran incommunicables y carecían del menor interés para cualquiera, y ciertamente nunca se expondrían al aire gélido de sus repercusiones. Pero ella, Della, estaba recomponiéndose con esa determinación que tienen las mujeres orgullosas cuando se están apartando de lo que sea que haya provocado ese *no* absoluto suyo. A partir de entonces, pensar en ella sería doloroso, porque había sido agradable. Raro como suena.

Justo en la linde más alejada del círculo de luz, ella se detuvo, mirando a la oscuridad que se extendía por delante. Así que él dijo:

–Estaría más segura si me permitiera que la vigilara.

Ella dijo:

–En ese caso, me gustaría que se levantara de esa sepultura y me dejara verle. Se hace raro hablar con alguien al que no puedes ver.

Muy bien. Se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo.

–Enseguida –dijo él–, me estoy poniendo la corbata.

Ella se rió y miró hacia él.

–De verdad es usted, ¿no?

–¡Claro que lo soy! –De repente se sintió feliz porque ella se había reído. Los sentimientos deben formar parte de un tejido, una tela. Una emoción no debería ser algo aislado como un golpe inesperado. Debería haber otras satisfacciones en la vida, para mantener la perspectiva, la proporción. Cosas que desear, por ejemplo, de manera que un encuentro fortuito en un cementerio no pareciera el Día del Juicio Final. Él se había permitido pocas emociones, así que no tenía mucha experiencia. Pero ahí estaba, inesperadamente tan feliz que le costaba disimularlo. Descendió la pendiente de lado porque la hierba estaba húmeda y resbaladiza, pero casi como si hiciera una broma. Estoy imitando a la juventud, pensó. No, esto es como la juventud, una infusión de

algo que parece agilidad. Embarazoso. Tenía que andarse con cuidado. Si quedaba como un tonto, no tardaría en volver a beber.

–Esto es toda una sorpresa –dijo, ya en la carretera, a la luz–. Para ambos, sin duda.

Ella no dijo nada, limitándose a examinar su cara abiertamente, dado que sin duda nunca había examinado a nadie en circunstancias para las que su educación no la había preparado. Él la dejó mirar, sin agachar la cabeza. Esperaba ver qué idea se hacía ella de él, como suele decirse. Y entonces él sería esa idea. Al final, se sentaría a su lado, cruzaría las piernas y los brazos y sería afable. En el peor de los casos, buscaría la mitad del cigarrillo que había tirado entre la hierba, que estaría húmedo, pero no mojado. Cuando ella no lo viera. Estaba bastante seguro de que todavía le quedaban tres cerillas que llevaba en un librito en el bolsillo. Y ella se alejaría, si quería. Dependía de lo que decidiera. La oscuridad de sus ojos hacía que su mirada pareciera tranquila, ilegible, posiblemente amable. Él sabía lo que ella estaba viendo: la cicatriz bajo su ojo, que todavía estaba oscura, la sombra de una barba incipiente, el pelo que le rozaba el cuello de la camisa. Y luego su edad, la flacidez de la carne, como la fatiga que había hecho que las mangas de su chaqueta adoptaran la forma de sus codos y que sus bolsillos se combaran un poco. La edad y las malas costumbres. Mientras ella interpretaba lo que su cara le decía acerca de quién era en realidad, también recordaría aquella otra época, cuando durante un par de horas le había parecido mejor persona.

Ella dijo:

–¿Por qué no nos sentamos?

Y él:

–¿Por qué no?

Y al sentarse, él les dio un tirón a las rodillas de los pantalones como si tuvieran una arruga, y se rió, y dijo:

–Mi padre siempre lo hacía.

- El mío también.
- Supongo que es por buena educación, no sé.
- Significa que se está comportando lo mejor que puede.
- Lo que es verdad.
- Lo sé.
- Lo que puede que a veces no sea suficiente.
- Eso también lo sé perfectamente.
- Quisiera disculparme -dijo él.
- Por favor, no.
- Me han dicho que es bueno para el alma.
- No me cabe duda. Pero su alma es asunto suyo, señor

Boughton. Preferiría hablar de otra cosa.

Así que todavía seguía enfadada. Tal vez, más de lo que lo había estado entonces. Eso sería una buena señal. Al menos, significaba que había estado pensando en él.

-Lamento haber sacado el tema. Tiene razón. ¿Por qué tendría que incordiarla con mis remordimientos?

Ella respiró hondo.

-No voy a hablar de esto con usted, señor Boughton.

¿Por qué insistía él? Ella estaba replanteándose qué hacer, se puso el monedero y el ramo sobre el regazo. ¿Era posible que fuera eso lo que él quería que hiciera? Tampoco es que fuera contraproducente, bien mirado, porque, en el mejor de los casos, sólo disponían de unas pocas horas, tensas y de prueba, y luego sólo quedaría lo que él quisiera rescatar de ellas, para el recuerdo. La otra vez, cuando sucedió la antigua afrenta, ella pareció lamentarlo tanto por él como por sí misma. Había visto antes ese agotamiento de la amabilidad. Todavía podía sorprenderle un poco.

Él asintió y se levantó.

-Si prefiere que la deje sola, lo haré. Me quedaré a distancia para oír sus gritos. Por si me necesita.

-No -dijo ella-. Con que sólo pudiéramos charlar un rato.

-Como dos educados desconocidos que casualmente pasan una noche en un cementerio.

-Sí, así.

–Muy bien. –Él volvió a sentarse. –Bien –dijo él–, ¿qué la ha traído aquí esta noche, señorita Miles?

–La simple estupidez. Ni más ni menos. –Y negó con la cabeza.

Entonces no dijo nada más, ni él tampoco, y los grillos cantaron o tal vez fueran los sapitos de árbol. A veces a él le había parecido que, por intensa que fuera, la oscuridad en un lugar con vegetación adoptaba un matiz, una tintura, de verde. El aire olía a verdor, claro, de manera que el tono que creía ver en la oscuridad tal vez fuera sugerido por esa melancolía que la brisa traía consigo, cuando la tierra dejaba brevemente de serlo. Toda la gente es hierba. QED. Flores del campo. El charco de luz de la farola mantenía la oscuridad a distancia. Ahuyentada y tétrica, pensó. Herida. Él no la miraba a ella, porque le devolvería la mirada. Se había fijado en que los hombres que se dedicaban a no trabajar, lo que implicaba darse a la bebida, acababan marcados, tarde o temprano, por una arruga que les recorría la frente, pero él evitó tocársela. Eran los nervios los que le hacían sentirse así, tenso. Si se sentaban allí, juntos, hasta el amanecer, sería razonablemente agradable.